

EPA II

(21)

PENSAR LA REPUBLICA

JUAN CARLOS AGULLA / ELVIO BALDINELLI / ANTONIO M. BATTRO /
GASTÓN BORDELOIS (HIJO) / NATALIO BOTANA y EZEQUIEL GALLO /
RAFAEL BRAUN / EDUARDO BRIANCESCO / FRANCISCO BULLRICH / PABLO
CAPANNA y MARCELO MONSERRAT / OSCAR CORNBLIT / ROBERTO CORTES
CONDE / RAÚL E. CUELLO / MARCELO DIAMAND / CARLOS FLORIA /
MARIANO GRONDONA / JOSÉ LUIS DE IMAZ / MARIO S. T. LANZARINI /
ROBERTO MARTÍNEZ NOGUEIRA / JORGE MEJÍA / MANUEL MORA Y
ARAUJO / LUIS MIGUEL MOREA / JUAN CARLOS DE PABLO / JORGE A.
PEGORARO / EDUARDO PIRONIO / JORGE A. ROSETTI / ERNESTO SÁBATO /
MANUEL A. SOLANET / CARLOS STRASSER.



PENSAR LA REPUBLICA

FUNDACIÓN PINERO PACHECO
EDITORIAL PERSONA A PERSONA

El péndulo argentino: ¿empate político o fracasos económicos?

MARCELO DIAMAND

1. El péndulo populismo-ortodoxia en la Argentina

Las últimas décadas en la Argentina se han caracterizado por cambios muy bruscos y muy frecuentes de la política económica. A pesar de las grandes variantes individuales en las gestiones de los diferentes equipos económicos que se fueron sucediendo en el poder, en estos cambios subyace claramente una oscilación pendular entre dos corrientes antagónicas del pensamiento económico.¹

Reconociendo el riesgo que representa encasillar a un determinado equipo en una tendencia —ya que ninguna tendencia se da, en la realidad, en su forma químicamente pura— y como una clasificación general, podemos distinguir dos políticas de signo opuesto: el populismo y la ortodoxia económica.

A pesar de sus características diametralmente opuestas, ambas etapas del ciclo tuvieron siempre un rasgo común: la esperanza inicial de la sociedad, cada vez renovada, de que "esta vez las cosas se iban a solucionar"; una creciente decepción en el medio, y, finalmente, la pérdida de confianza que daba lugar a una nueva oscilación del péndulo hacia el extremo opuesto.

A fin de lograr "detener el péndulo en el medio" de una vez por todas, y terminar así con estos ciclos tremendamente dañinos para el país, es importante establecer sus características y saber qué los motiva.

El populismo refleja las aspiraciones de las grandes masas populares. Sus principales objetivos son la redistribución progresiva del ingreso y el pleno empleo junto con la aspiración a una mayor soberanía económica. Las etapas populistas de los ciclos suelen comenzar con el aumento de los salarios reales, el incremento de la actividad económica, una euforia generalizada en el sector industrial y comercial, un cierto empeoramiento de la situación del agro y una política discriminatoria frente a los capitales extranjeros. Sobrevienen el desorden, la crisis de autoridad, el desborde sindical y una encarnizada lucha por el reparto de los ingresos entre diferentes sectores sociales. Las consecuencias son la inflación, la caída global de la productividad, el deterioro del presupuesto, el desabastecimiento

¹ En mi libro *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973, encontrará el lector un mayor desarrollo temático y bibliográfico de los problemas aquí expuestos. Agradezco las valiosas sugerencias que aportó en la presente oportunidad el señor Luis Rivet.

y la crisis de balanza de pagos. Finalmente el populismo cae presa del caos económico y social, pierde el apoyo de la sociedad y se ve desplazado del poder.

La reacción posterior también suele ser siempre la misma. El populismo admite algunos de sus errores y excesos. Pero tiende a minimizar su importancia, atribuyéndolos a la insuficiente experiencia y entrenamiento de sus cuadros en el ejercicio del poder. Problemas que, según afirma, hubieran sido superados en un breve tiempo por el natural aprendizaje y maduración, de haberse permitido seguir gobernando. Por ello, en las justificaciones el acento se pone en la insuficiencia del poder popular para manejar los resortes claves de la economía y en la resistencia —solapada o abierta— de poderosos grupos económicos nacionales e internacionales. A estos grupos se los acusa de sabotear desde el comienzo la acción gubernamental y de contribuir a la caída, antes de que el populismo hubiera podido afianzar su dominio de instrumentos económicos y afirmarse en el gobierno.

En resumen, la explicación es: "Hemos cometido algunas equivocaciones, pero fue la resistencia de los poderosos intereses afectados la que no nos permitió gobernar y terminó volteándonos."

A diferencia del populismo, las políticas ortodoxas reflejan el pensar y el sentir del sector agropecuario, del financiero, del exportador tradicional y, en parte, del industrial, con el acento puesto sobre el orden, la disciplina, la eficiencia, el equilibrio del presupuesto, el ahorro, la confianza, la atracción de los capitales del exterior y la prioridad de la inversión frente al consumo. Por estar identificado con "lo serio" en la economía, también resulta afín con el pensamiento de lo que puede considerarse como la "opinión ilustrada" nacional e internacional.

Las etapas ortodoxas de los ciclos suelen comenzar con planes estabilizadores que, en la mayoría de los casos, involucran una devaluación, un aumento de los ingresos agropecuarios, un deliberado esfuerzo de atracción de los capitales extranjeros, una caída de los salarios reales y una recesión, de mayor o menor profundidad. De acuerdo con la tesis esgrimida, la recesión y la caída de los salarios reales no serían más que perjuicios momentáneos que corresponderían a un período inevitable de sacrificio, necesario para ordenar y sanear la economía. Gracias a él, se crearían las bases para el despegue y el crecimiento, en beneficio del conjunto de la economía, incluso de quienes en términos inmediatos soportan el sacrificio.

Hasta ahora, este saneamiento y despegue definitivo nunca se llegaron a concretar. Normalmente, la política logra ciertos éxitos iniciales: la tasa de inflación disminuye, los capitales financieros afluyen desde el exterior y la economía se reactiva. Pero los esfuerzos para bajar los gastos estatales e inducir una mayor eficiencia industrial no prosperan. También, por efecto de múltiples presiones, el gobierno se ve obligado a ceder, permitiendo que los salarios aumenten. La experiencia del pasado indica que en algún momento del proceso siempre sobreviene una crisis de confianza. El flujo de capitales extranjeros se invierte. Los préstamos financieros que habían ingresado comienzan a huir. Se produce una fuerte presión sobre las reservas de divisas, una crisis en el mer-

cado cambiario y una fuerte devaluación. Caen los salarios reales, disminuye la demanda y el proceso recesivo empieza nuevamente.

La reacción del liberalismo frente a su falta de buen éxito ha sido siempre simétrica a la reacción de los populistas. Aunque podían admitir uno que otro error de conducción, han atribuido siempre esa falta de éxito a la insuficiencia del poder político para efectuar el saneamiento necesario en la administración pública, para eliminar las empresas ineficientes y para mantener los salarios deprimidos por un tiempo suficientemente largo como para que se generase un proceso autosostenido de crecimiento. La expresión típica es: "Justo cuando nuestros esfuerzos estaban por fructificar, nos vimos frustrados por la impaciencia y por las presiones demagógicas."

2. El presunto empate

A los observadores políticos no se les escapa el sentido distributivo opuesto de las dos políticas económicas. En estos términos distributivos, los principales perjudicados por el populismo son: el agro, afectado por la disminución de sus precios; los exportadores tradicionales, afectados por la estatización del comercio exterior; los ahorristas, descapitalizados por la desvalorización del dinero en la inflación, y también aquellas empresas industriales —generalmente las más grandes y más capital intensivas— que sufren más los efectos de los controles de precios y del desborde sindical. Finalmente, se perjudican también en términos inmediatos todos los sectores vinculados con los capitales extranjeros, a causa de la política discriminatoria de la que suelen ser objeto.

El sentido distributivo de las políticas ortodoxas es opuesto al del populismo. Sin considerar el tamaño de la "torta" y por ahora en términos inmediatos, de reparto, los afectados más directamente por estas políticas son los asalariados, tanto porque disminuye la remuneración por hora trabajada, cuanto porque disminuye la cantidad de horas trabajadas a causa de la desocupación. Las empresas industriales lanzan un suspiro de alivio por el cese de algunos controles y por el fin del desborde sindical. Sin embargo, pasan a enfrentarse con la caída de la demanda, con una gravitación creciente de los costos fijos a causa de la disminución de la producción y, frecuentemente, con una súbita competencia del exterior que muchas veces tiende a desplazarlas del mercado a causa del auge del "eficientismo".

Los observadores políticos, al percibir que ambas políticas en pugna perjudican alternativa y efectivamente determinados intereses económicos, tienden a dar credibilidad a las justificaciones que esgrime cada tendencia alegando la insuficiencia de poder político para concretar el proyecto alternativo.

Cobra fuerza así el diagnóstico de los males económicos del país en términos de *un empate de fuerzas* que impide la salida. De allí el deseo, frecuentemente expresado, de que cualquiera que sea la política, lo importante es que tengamos alguna y que esté respaldada por un poder político suficiente para durar, afirmarse y rendir sus frutos.

La tesis de este trabajo es que esa visión está equivocada. Aunque *es cierto que cualquier política económica para triunfar necesita un apoyo político, ni la política populista ni la política ortodoxa, tal como se ejecutaron en el pasado, hubieran podido triunfar aunque hubiesen contado —una y la otra— con un poder político total. Esto se debe a que ninguna de ellas tenía viabilidad intrínseca y ambas estaban condenadas al fracaso por motivos puramente económicos.*

La tesis tiene una gran importancia práctica. Porque si realmente la causa de los fracasos económicos nacionales es el empate en el poder, entonces cualquier gobierno, si quiere resolver el problema económico del país, debe lograr una concentración suficiente del mando, capaz de eliminar este empate. Para ello, sea cual fuere la tendencia por la que se opte, debe descontar de antemano una fuerte oposición de los intereses que quedarán afectados y tomar una firme determinación en el sentido de insistir en las políticas que emprenda, por más resistidas que éstas resulten, con la seguridad de que el tiempo le dará la razón y de que el futuro justificará esa firmeza.

Pero, en cambio, si la tesis adelantada es correcta, o sea si ninguna de las políticas aplicadas hasta ahora tiene una viabilidad intrínseca, entonces ni el desorden, el desabastecimiento, la inflación y la cesación de pagos externos que caracterizaron hasta ahora al populismo, ni tampoco el descenso de los salarios, la recesión y el endeudamiento externo, propios de la corriente ortodoxa, fueron fenómenos pasajeros, sino que constituyen fallas propias de las respectivas políticas. En este caso, la resistencia de los sectores afectados —independientemente de que podría constituir una defensa de los propios intereses— debería ser interpretada como una reacción defensiva saludable de la sociedad. Y si es así, entonces un gobierno que pretenda darle al país una salida económica definitiva, debe formular su política económica con un particular sentido crítico, asegurándose, mediante un cuidadoso análisis, de que esta vez la política será intrínsecamente viable y solo entonces jugarse en su defensa.

3. Las condiciones de una política económicamente viable

Una política económica, para ser viable, debe asegurar el crecimiento económico. Éste requiere una progresiva capitalización del país en equipos, infraestructura, tecnología, organización y aptitudes y se asemeja a la subida de una escalera en la que los sucesivos peldaños representarían el esfuerzo de ahorro y de inversión que permite ir elevando la producción. Esta "subida de la escalera" es importante porque es el único medio genuino de incrementar el bienestar de la población. Pero también es importante en términos dinámicos, concebida como un proceso. En primer lugar, porque una de las características básicas del ser humano es percibir su bienestar en relación al crecimiento continuado del nivel de ingresos más que en relación con su nivel absoluto; una sociedad con un ingreso de mil dólares *per capita*, que crece, se siente mucho más realizada que una sociedad de dos mil dólares, pero detenida en ese nivel de ingresos. En segundo lugar, el

crecimiento es necesario para proveer empleos a una población en constante aumento. En tercer lugar, únicamente el crecimiento económico crea oportunidades para el avance y el progreso de los individuos con voluntad y aptitud, proveyendo así condiciones de movilidad social necesaria para disipar las tensiones internas propias de la sociedad moderna, que de otro modo se liberan a costa de la sociedad misma o buscan en otras comunidades un contexto menos frustrante.

No obstante lo señalado, se puede concebir una escala de valores sociales que rechace el excesivo esfuerzo en pos de una acelerada inversión, optando, tal como se dice a veces, por una "mayor felicidad presente a expensas de la grandeza futura". En otras palabras, la sociedad puede optar por "subir la escalera" más lentamente y en forma más relajada.

Desafortunadamente, éste es un lujo que la sociedad argentina no se puede dar. En las economías como la nuestra, el proceso de crecimiento se parece más bien a tratar de subir una escalera mecánica, que está bajando y donde hay que trepar rápido, simplemente para lograr quedarse en el mismo lugar. Basta abandonar momentáneamente el esfuerzo para verse llevado hacia abajo: a una recesión, desocupación laboral y subutilización de la capacidad productiva, en la que el país retrocede y queda por debajo de los niveles de producción que ya había logrado alcanzar.

Esta característica, que la Argentina comparte con otros países exportadores primarios en el proceso de industrialización, se debe al crónico papel limitador que desempeña el sector externo.

Igual que todos los países, la Argentina produce internamente la mayor parte de lo que consume, así como también de los bienes de capital en los que invierte. Pero siempre hay *una parte* de materias primas, productos intermedios y bienes de capital indispensables que es necesario importar. A pesar de que en la Argentina esta importación no llega ni al diez por ciento de la producción interna, tiene una extraordinaria importancia. Mientras que el noventa por ciento de la producción que es de origen interno se compra con el dinero nacional, fabricado por el Banco Central de acuerdo con las necesidades de la economía, para comprar el diez por ciento restante de importaciones se necesitan divisas: oro, dólares, marcos o francos. A diferencia del dinero nacional, el Banco Central no puede emitir estas divisas y el país tiene que conseguirlas o bien exportando o bien, en forma indirecta, sustituyendo las importaciones prescindibles y haciendo que la producción interna se pueda lograr con un menor porcentaje de importaciones.

Si la Argentina fuera un país industrial "típico", le bastaría crecer para conseguir automáticamente el diez por ciento de las divisas que requiere su producción. Es que esos países industriales "típicos" exportan fundamentalmente productos industriales. A medida que su industria crece y exige más importaciones de materias primas, productos intermedios y bienes de capital, al mismo tiempo se incrementa su capacidad exportadora, porque tal capacidad exportadora depende, precisamente, de la mayor producción industrial, que es la exportable. De modo que el crecimiento de las importaciones y de las exportaciones se produce en forma simultánea y tiende a equilibrarse.

En los países exportadores primarios, como la Argentina, la situación cambia. Estos países comienzan su desarrollo económico en base a un sector primario, sea éste el agro argentino, el cobre chileno o los productos tropicales centroamericanos. La producción se exporta y con las divisas obtenidas se compran las manufacturas que necesita el país. En la Argentina, ésta sería la famosa etapa agro-importadora del crecimiento.

Pero los países en esta etapa de desarrollo enfrentan varios problemas. El primero, es la incapacidad del sector primario para dar empleo a toda la población. El segundo, son las fuertes oscilaciones de los mercados mundiales que periódicamente hacen caer los ingresos provenientes de la exportación. El tercero, es que el desarrollo basado exclusivamente en la producción primaria no permite superar la etapa de una sociedad primitiva, estancada tecnológicamente y administrativamente, no preparada para los desafíos del mundo moderno.

Como respuesta a los tres problemas se recurre a la industrialización, que ocupa la mano de obra sobrante y permite obtener, con cada dólar exportado, más bienes. Antes, un millón de dólares obtenidos de exportaciones, al gastarse íntegramente en automóviles terminados permitía adquirir, digamos, doscientos cincuenta automóviles. Ahora, este mismo importe en dólares, al destinarse a importar mineral de hierro, cobre y otros productos indispensables permite obtener, digamos, dos mil quinientos automóviles. El resto —o sea: mano de obra, ingeniería, inversiones y utilidades— responde a recursos nacionales, movilizados por el proceso de inversión industrial.

Aunque un millón de dólares permite obtener bienes por un valor diez veces mayor, sigue siendo tan necesario como antes. En realidad, es mucho más necesario. Porque con anterioridad, si faltaban estas divisas, el país se quedaba sin doscientos cincuenta autos. Ahora, si faltan, no solo no pueden producirse dos mil quinientos autos sino que, además, se quedan sin trabajo todos los obreros, empleados y técnicos que directa o indirectamente participan en esta producción.

Cuando el país crece y en vez de dos mil quinientos autos pasa a producir, digamos, tres mil (veinte por ciento más), aumenta paralelamente la necesidad de divisas para adquirir un millón doscientos mil dólares (también veinte por ciento más) de importaciones adicionales. Pero a diferencia de los países industriales, la obtención de estas divisas no es automática, porque el nivel de exportaciones no está vinculado con el nivel de la producción industrial. La industria exporta poco, ya que no lo puede hacer sin un apoyo especial. *Esta falta de exportaciones industriales constituye un fenómeno crucial, del cual emerge una gran cantidad de propiedades particulares de la economía argentina y de países similares.* Su razón es la falta de adecuación de la estructura cambiaria a las peculiaridades de la estructura productiva.

Las exportaciones exigen siempre, para poder realizarse, un tipo de cambio adecuado, o sea tantos pesos por cada dólar recibido como para compensar los costos internos. Las principales exportaciones argentinas son los productos de la pampa húmeda, muy poco costosos gracias a las grandes ventajas naturales de que gozan y a la explotación del tipo intensivo, que insinúa poca mano de

obra y tecnología a costa de utilizar mucha tierra. Por lo tanto, basta una cantidad relativamente reducida de pesos por cada dólar exportado en productos de la pampa húmeda para que compensen los costos internos (incluida la ganancia empresarial) de la producción primaria vendida al exterior a cambio de aquel dólar. Por ello el dólar "pampeano" —o sea aquel dólar cuyo valor en pesos alcanza para compensar los costos de la producción pampeana extensiva— no necesita ser muy caro.

La industria no solo no participa de las ventajas de la pampa húmeda sino que, debido a un menor grado relativo del desarrollo del país —o sea a su infraestructura menos desarrollada, su organización social menos adelantada, menores escalas de producción, etcétera—, tiene una madurez y una productividad industrial mucho menores que la industria de los países más adelantados. Por lo tanto, el dólar "pampeano" no es suficiente para el sector industrial, ni para que éste pueda exportar ni tampoco para que pueda defenderse de la competencia externa. En el primer caso, porque la cantidad de pesos que el industrial recibe por cada producto que exporta resulta inferior a lo que le cuesta, en pesos, hacer ese producto. En el segundo, porque un importador del mismo producto puede traerlo del exterior y venderlo en el mercado interno por una cantidad de pesos menor de la que costaría producirlo aquí. En ambos casos, existe un cierto precio internacional en dólares para cada producto. El valor en pesos del dólar que hemos llamado "pampeano" no es suficiente para igualar ese precio internacional con los costos internos, en pesos, de la producción industrial.

Es por ello que todos los países exportadores primarios —sin ninguna excepción— que comienzan a industrializarse deben proteger la industria que están creando. Para ello, suelen complementar sus dólares primarios —sean éstos pampeanos, petroleros, pesqueros, cafeteros, etcétera— con altos derechos de importación. Crean así de hecho, sistemas cambiarios aparte para el sector industrial. Por ejemplo, al establecer ciento por ciento de derechos de importación, crean un dólar industrial de un precio doble que el dólar primario. Gracias a esta protección puede nacer la industria y gracias a ella ésta subsiste y se desarrolla. Se necesitan varias décadas para que el proceso de ampliación del mercado, de crecimiento y de maduración del sector y del país vaya por sí mismo eliminando las desventajas iniciales de la industria y permita ir bajando la distancia entre el dólar primario —en la Argentina el pampeano— y el dólar industrial.

Pero primero hay que llegar a este punto que todavía queda a la distancia de algunas décadas. Para ello hay que crecer. Y para poder crecer hay que exportar. Pero el dólar industrial es más caro que el pampeano; es un dólar "de hecho", creado mediante la aplicación de los derechos de importación. Por lo tanto, rige únicamente para las importaciones. Para las exportaciones industriales sigue rigiendo —por lo menos inicialmente, en los comienzos de la industrialización— el dólar pampeano. Pero si para surgir y desarrollarse la industria necesitó un dólar industrial más caro, entonces también lo necesita para exportar. Al no obtenerlo se limita a crecer para el mercado interno, donde obtiene la protección, sin proveer las divisas cuyas mayores necesidades ella misma genera al crecer.

Se ha utilizado la palabra "inicialmente" ya que la estructura cambiaría se fue modificando durante los últimos años. Hoy, el dólar industrial exportador está separado del dólar pampeano por los derechos que se aplican a la exportación tradicional, sumados a los reintegros para las exportaciones industriales, acercándose así más a la estructura de costos industriales. Este acercamiento fue el que permitió un cierto crecimiento de las exportaciones industriales. Pero nunca llegó a ser ni suficiente ni lo suficientemente estable como para movilizárlas en gran escala.

Lo anterior no significa que la industrialización representa solo una erogación de divisas. A pesar de que no las provee en forma directa, cada vez que se sustituye una tonelada de acero o de petróleo o un componente de automóvil o televisión que antes se importaban, disminuye la cantidad de divisas que el país necesita para sostener su producción interna, creándose así divisas en forma indirecta.

Sin embargo, a medida que avanza el desarrollo industrial, quedan cada vez menos rubros nuevos para sustituir, y los que quedan requieren inversiones cada vez más grandes, enfrentan limitaciones de escala, o chocan contra la insuficiencia o inexistencia de algunos recursos naturales. Se llega así a un porcentaje muy bajo de importaciones en relación con la producción interna, del cual resulta difícil bajar aún más. Además, como la economía sigue creciendo, siguen aumentando las necesidades de acero, de petróleo, de productos químicos, etcétera, ya sustituidos. Las inversiones realizadas para fabricar estos productos dejan de ser suficientes y se necesita un importante esfuerzo de inversión en los rubros ya sustituidos, simplemente para no tener que volver a importarlos. O sea, en este punto se repite la imagen anterior de la escalera mecánica descendente: hay que invertir rápidamente en producciones ya sustituidas nada más que para quedarse en el mismo lugar en lo que se refiere a la proporción entre las importaciones y la producción interna.

Supongamos que se ha logrado estabilizar la proporción de las importaciones con respecto a la producción interna en la relación de uno a diez. Esto significa que cuando la producción suba de diez a once las importaciones lo harán de uno a 1,1. La proporción no varía, pero sí el valor absoluto de las importaciones necesarias, o lo que es lo mismo, la cantidad de divisas necesarias para este crecimiento. Ahora bien, si la industria no exporta y si la inversión en actividades sustitutivas, aunque sea enérgica, a lo sumo logra evitar que la proporción de las importaciones en el producto vuelva a subir, ¿de dónde aparecen las divisas adicionales necesarias para acompañar el crecimiento? Su provisión principal queda a cargo del agro. Pero no a cargo de la exportación habitual del sector primario, ya computada como una condición para que la producción interna haya alcanzado un determinado nivel, sino a cargo de la producción adicional del agro, por sobre aquellos niveles habituales o tradicionales. Pero, desafortunadamente, dejado a sus propios arbitrios, el agro crece mucho más lentamente que la industria.

De este modo, existe una tendencia permanente al desequilibrio externo incorporada en la estructura productiva argentina. *La cantidad de divisas que*

se necesita tiende a adelantarse permanentemente a la cantidad de la que se dispone. Se tiende a producir así, periódicamente, un "cuello de botella" o un estrangulamiento en el sector externo. La falta de divisas para adquirir los bienes importados imprescindibles obliga directa o indirectamente a reducir la producción nacional en un orden equivalente de diez dólares de producción interna por cada dólar faltante. Además, esta misma insuficiencia de divisas crea en el proceso una serie de otras deformaciones: propulsa las espirales inflacionarias devaluación-salarios; es causante de la iliquidez monetaria; impulsa el endeudamiento externo, hace bajar los ingresos populares; etcétera.

Una política económica nacional, para ser viable, debe superar esta tendencia crónica al desequilibrio externo. Esta es una razón vital para el mantenimiento de un nivel aceptable de rentabilidad empresarial. No existiendo el problema del sector externo, esta rentabilidad ya es importante por lo menos por tres motivos: como una fuente de ahorros, como una medida de eficiencia en el manejo de las empresas y como un incentivo general para invertir. Cuando aparece un problema crónico del sector externo, una rentabilidad empresarial suficiente se hace esencial, además, en los rubros exportadores y sustitutivos.

Si la tendencia al desequilibrio externo no se corrige, el crecimiento tal vez se pueda operar inicialmente, pero a costa del agotamiento de las reservas acumuladas o del endeudamiento externo. Ni bien estas fuentes se agotan, sobreviene una crisis de balanza de pagos y una inevitable caída de la producción respecto de los niveles que ya se habían alcanzado.

La necesidad de asegurar una rentabilidad suficiente para estimular las inversiones en general y, en particular, para asegurar el auge de las actividades que contribuyen a la provisión de divisas, pone un límite superior a la redistribución progresiva del ingreso a favor de los asalariados, compatible con un proceso de expansión económica. Cuando la participación de los salarios se eleva por encima de este límite, a costa de la rentabilidad empresarial, no solo se detiene la inversión y con ella el crecimiento, sino que mucho antes todavía cae el nivel de actividad por falta de divisas.

¿Significa esto, acaso, que cuanto menores son los salarios reales y mayor el sacrificio popular, tanto más rápido es el crecimiento? De ninguna manera. En una estructura tan compleja y diversificada como la nuestra hay también límites mínimos para los salarios reales.

El primer límite mínimo es obviamente el político-social. *Pero, independientemente de él, existe otro límite mínimo que obedece a razones puramente económicas.* Una política económica, para ser viable, además de las inversiones y de las divisas, requiere también una demanda suficiente para mantener funcionando a pleno la capacidad productiva. Cuando los salarios reales caen, disminuye la demanda de bienes de consumo, la de materias primas que estos bienes utilizan y la de servicios que insume su producción. Cuando la demanda cae en demasía, sobreviene una recesión. La producción desciende por falta de la demanda; las plantas fabriles quedan subutilizadas y —como es lógico— se corta el proceso de inversión. Esto hace que, en aquellas actividades para las cuales sería disparatado tratar de ampliar la capacidad productiva, también disminuya la demanda

de bienes de capital, con lo que la recesión se profundiza en una segunda vuelta y la inversión cae aún más.

Hasta cierto grado esta caída de la demanda podría ser neutralizada por medio de otro resorte, que es una política monetaria y fiscal expansiva. Pero la compensación no pasa de ser parcial, ya que la demanda global que así se restituye tiene una composición diferente de la que se pierde por la caída de los ingresos populares. La componente de la demanda de bienes de consumo disminuye de todos modos, y aumenta, en cambio, la capacidad para comprar bienes de capital. Desafortunadamente, y tal como se dijo, el mismo proceso de caída de consumo, propagado en cadena, elimina los incentivos para la inversión, de modo que ésta no se realiza. Como resultado final, las políticas monetarias y fiscales expansivas, coexistentes con salarios demasiado bajos, dejan un gran saldo de fondos disponibles para la inversión pero que, en vez de gastarse en aumentar la capacidad productiva, o sea de invertirse en términos productivos, terminan dirigiéndose a colocaciones especulativas y financieras. En particular aumenta la presión —efectiva o potencial— sobre el mercado cambiario, obligando a las autoridades a limitar la expansión monetaria.

Resumiendo: en una estructura productiva agro-industrial tan compleja y diversificada, las condiciones de viabilidad de una política económica son, por un lado, la disponibilidad de fondos para la inversión e incentivos suficientes para el desarrollo de los rubros exportadores y sustitutivos de importancia. Por el otro, tiene que haber una demanda suficiente en el mercado. Estas condiciones, a su vez, *implican tanto un cierto techo como un cierto piso para la participación de los sectores asalariados en el ingreso.*

4. El populismo

Siempre con la limitación expuesta al comienzo, es decir, teniendo presente los riesgos de encasillar, tratemos de formular las características económicas generales del populismo, partiendo de la experiencia de los ciclos pasados. Estas características han sido siempre la resultante de una interacción de las presiones derivadas del contexto político con algunas influencias intelectuales, en particular del modelo keynesiano de la economía, del nacionalismo económico y, últimamente, también del marxismo.

El primer objetivo del populismo es el aumento de los ingresos populares. Se instrumenta mediante fuertes incrementos de salarios —por vía de los aumentos nominales y de mayores beneficios sociales— y de una acción encaminada a frenar los precios. Para esta última, se emplean generalmente controles directos de precios y también se recurre al manejo de los grandes instrumentos de política económica —fundamentalmente el tipo de cambio y las tarifas de los servicios públicos— con el objetivo primordial de evitar que aumente el costo de vida. Por último, se utilizan algunos subsidios abiertos y otros encubiertos, entre estos últimos el crédito barato, con tasas de interés real negativas, o sea, menores que la tasa de inflación.

El segundo objetivo del populismo, que es el pleno empleo de la capacidad productiva, se logra asegurando una fuerte demanda. Ésta, en parte, se origina en el aumento de los salarios del personal ocupado y de la cantidad de horas trabajadas y, en parte, se debe a la expansión crediticia y al déficit fiscal, que también integran la habitual política populista. Si, al ocuparse plenamente la capacidad productiva física, todavía queda un sobrante de mano de obra sin emplear, se tiende a resolver el problema creando nuevos puestos en la administración pública nacional, provincial y municipal.

La expansión del mercado interno está acompañada siempre por una política proteccionista, instrumentada generalmente por medidas que incluyen una fuerte participación de los controles directos de importaciones. A esta política se agregan controles de cambios y una legislación discriminatoria en contra de los capitales extranjeros mediante los cuales se pretende lograr la independencia económica que se postula.

El crecimiento de la demanda que se opera debería incentivar la inversión. Sin embargo, la política redistributiva ya mencionada, afecta al mismo tiempo a la rentabilidad empresarial industrial y a la del agro. Por otra parte, las condiciones políticas tienden a producir el desborde sindical. Finalmente, por causas que veremos seguidamente, se produce el desabastecimiento de materias primas. Todo esto hace que las inversiones inducidas generalmente no pasen de ser marginales y que se limiten a áreas de menor riesgo en las empresas poco capital intensivas.

En las empresas capital intensivas crece la magnitud de las inversiones que se necesitarían para expandir la capacidad productiva. Además, aumenta el tiempo que demandan las nuevas inversiones para dar sus frutos. Por ello, aumenta el riesgo y se acentúa el papel de las expectativas adversas. También crece la influencia negativa de los controles de precios sobre la rentabilidad e, incluso, se hace sentir más el desborde sindical. A todo esto se agrega, frecuentemente, la acción gubernamental dilatoria y trabante frente a los proyectos concretos de inversión. Por lo tanto, la característica habitual de la expansión populista es un pronunciado atraso de las inversiones básicas. A medida que expande la producción en las etapas finales, aparecen cuellos de botella cada vez más importantes en la producción de materias primas e insumos básicos. Lo mismo se repite en la infraestructura, ya que los gobiernos tienden a dedicar más fondos a las inversiones sociales que a las inversiones en servicios reproductivos.

A estas trabas al crecimiento de la capacidad productiva, se agrega otro problema importante. Por una deformación ideológica, el populismo tiende a identificar el descenso de la productividad laboral con una conquista social. Es así que la presión sindical, como un verdadero acto de suicidio nacional, se dirige a disminuir sistemáticamente el rendimiento de las máquinas y de los equipos productivos existentes.

Todo ello se refleja con una intensidad particular en el sector externo. El advenimiento del populismo al poder coincide, casi siempre, con una acumulación circunstancial de reservas en el Banco Central —por una coyuntura internacional favorable, una previa recesión o una afluencia anterior de capitales extranjeros—

y la expansión económica que se opera se alimenta con estas reservas. Pero para poder seguir con la expansión el populismo, además de asegurar las inversiones en general, tendría que actuar rápidamente en todos los frentes para asegurar la provisión de divisas. En vez de ello, en general, contribuye a reforzar la tendencia del sector externo a estrangularse.

En materia de exportaciones agropecuarias, no solo no provee incentivos adicionales a la producción sino que, para mantener bajos los precios de los alimentos, atrasa sistemáticamente el tipo de cambio —y con él los precios y los ingresos del campo— frente al nivel de los costos. En consecuencia, la explotación suele bajar incluso con respecto a sus niveles habituales, agravando así el atraso crónico de las exportaciones agropecuarias frente a la producción industrial, que ya se operaría por el solo efecto del crecimiento desigual de ambos sectores.

Tampoco reciben apoyo las exportaciones industriales. Por una serie de equívocos ideológicos, el populismo tiende a oponerse a toda acción de diversificación de exportaciones, creyendo que la exportación —fundamentalmente la no tradicional— se efectúa en desmedro del mercado interno. Es así que muy difícilmente innova, mejorando la estructura de incentivos para las exportaciones industriales. Más bien cuando ya encuentra una estructura montada, deja que se deteriore junto con el atraso general del tipo de cambio frente a los costos.

Finalmente, el ritmo de sustitución de importaciones se atrasa por la ausencia de nuevas inversiones. También pesa la caída de la productividad laboral y la disminución consecuente del rendimiento del aparato de producción sustitutivo ya existente. Es así que, a medida que se expande la producción interna, aparece incluso una des-sustitución de importaciones, ya que se hace necesario volver a importar una parte de lo que ya estaba sustituido, con lo que el porcentaje de importaciones en la producción interna vuelve a crecer.

De esto modo, la provisión de divisas falla simultáneamente por tres lados: por el de las exportaciones primarias, por el de las exportaciones industriales y, en cuanto a la reducción de las necesidades, por el de la sustitución de importaciones.

Durante un tiempo existiría la posibilidad de seguir con la expansión de la producción interna en base al uso selectivo de divisas para importar. Pero aquí también se suele proceder al revés. En vez de una cuidadosa selección de las importaciones en función de su grado de esencialidad y del valor agregado que permiten generar, por una predilección emocional hacia los mecanismos directos, se suelen aplicar controles cuantitativos asfixiantes y entorpecedores de importaciones, que en lugar de regular su tipo apuntan más bien a regular las cantidades importadas. A la postre estos controles, por las expectativas adversas e incertidumbre que generan, motivan el incremento innecesario de los *stocks* y con ellos las importaciones.

Como último recurso posible para subsanar el déficit del sector externo quedan los capitales extranjeros. A diferencia del dinero nacional, estos capitales vienen siempre en forma de divisas —oro, dólares, marcos, etcétera— y su fun-

ción principal no es complementar el ahorro nacional faltante, sino eliminar el cuello de botella en el sector externo. O sea, volviendo nuevamente a nuestra analogía anterior, su función no es tanto ayudar a subir más rápidamente la escalera, cuanto evitar tener que bajar por el efecto de la escalera mecánica descendente.

Pero a los equipos populistas no les resulta fácil conseguir capitales extranjeros. En sus etapas iniciales estos equipos adoptan siempre una actitud no solo hostil a los capitales extranjeros sino incluso, muchas veces, gratuitamente persecutoria y destructiva. A medida que pasa el tiempo y se agotan las reservas internacionales, los gobiernos tratan de volver atrás, sobre sus propios pasos. Se emprende así la búsqueda de nuevos créditos. Se procura renegociar los vencimientos, se trata de restañar las heridas que se habían infligido a las empresas multinacionales y organismos internacionales. Con todo ello, a lo sumo se obtiene un respiro a corto plazo. Dado que el desequilibrio de la balanza comercial sigue, no hay confianza y los acreedores del exterior se muestran cada vez más reacios a extender nuevos préstamos y a renovar los viejos. La búsqueda de los capitales se hace cada vez más desesperada; las concesiones que se ofrecen a los potenciales ofertantes de dólares, cada vez mayores. Finalmente, el país queda al borde de una cesación de pagos con todo el caos económico y financiero que ella representa.

En última síntesis, *el nacimiento y el ocaso de los equipos económicos populistas están estrechamente asociados con las reservas internacionales. Surgen cuando la acumulación de reservas lo permite y duran el tiempo que aguantan estas reservas, más lo poco que pueden obtener de créditos externos. Cuando este sostén se acaba, caen.*

Es cierto que al final de los períodos populistas hay una gran hostilidad de los sectores más perjudicados por su política. Pero no es tanto esta hostilidad como la incoherencia interna, propia de la conducción populista, la que termina por destruir en la práctica el ideario proclamado, llevando al desempleo, a la caída de los salarios, a una mayor dependencia económica y al caos.

5. La ortodoxia

La ortodoxia económica es intelectualmente mucho más integrada y coherente que el populismo, ya que es heredera de la escuela clásica de la economía y se fundamenta en gran medida en la teoría económica tradicional, tal como ésta se enseña en las universidades del mundo occidental. Sus objetivos son una economía realista, en la que el consumo no exceda las posibilidades y, además, eficiente y saneada; estabilidad de precios; estímulo al ahorro y, ante todo, confianza de los capitales nacionales e internacionales. Estos objetivos se identifican con ciertos instrumentos. Así, el realismo se identifica con la libertad de precios industriales y con el aumento de los precios agropecuarios; también con el incremento de las cargas fiscales y de las tarifas del sector público, y, principalmente con la disminución general del consumo. El saneamiento y la eficiencia se hacen descansar sobre una mayor competencia del exterior a través de la disminución

de la protección y de la eliminación de los controles en el comercio exterior. La estabilidad monetaria se asocia con la disminución de la liquidez y con la eliminación del déficit del presupuesto. El estímulo al ahorro se identifica con la elevación de las tasas de interés. Finalmente, la confianza se centra en la firmeza del gobierno en el orden político, en la máxima vigencia de las leyes del mercado, en la reducción al mínimo de los controles y en una legislación favorable a los capitales extranjeros, financieros y de inversión.

Históricamente, la mayor parte de los equipos ortodoxos ha llegado al poder en medio de las crisis de balanza de pagos. Su respuesta habitual consistió en planes estabilizadores que, según ya adelantamos, se basan en la caída de los salarios reales y en la recesión.

Para comprender la razón de estos planes debemos distinguir dos niveles de explicaciones. El primer nivel está basado en los estereotipos habituales a los que está acostumbrada nuestra sociedad por décadas de difusión masiva. El segundo nivel corresponde a un análisis económico más de fondo, tal como lo practican los organismos internacionales.

En el primer nivel aparecen algunas contradicciones e incoherencias flagrantes que pasan inadvertidas —tanto para muchos de los ejecutores de las políticas como para el público— únicamente por el bloqueo del sentido crítico a raíz del acostumbramiento a los estereotipos utilizados. Veamos estas incoherencias.

Los planes de estabilización esgrimen la necesidad de la estabilidad de precios. Pero estos planes, casi siempre, comienzan con una fuerte devaluación, con el aumento de los precios agropecuarios y de los precios de las importaciones y con una consecuente onda inflacionaria que se propaga al resto del sistema económico.

Los planes de estabilización proclaman siempre la necesidad de aumentar la productividad. Pero la recesión que inducen se caracteriza por recursos ociosos, mano de obra y equipos desocupados, gastos fijos sin absorber en las empresas y, en suma, por una caída vertiginosa de la productividad.

Los planes de estabilización justifican la caída de los salarios reales como una fuente de ahorros necesarios para estimular la inversión. Pero la inversión, además de ahorros disponibles para movilizarse, requiere que haya demanda. En una recesión esta demanda no existe; el ahorro potencial no se transforma en inversiones y el sacrificio se vuelve estéril.

Los planes de estabilización alegan la necesidad de disminuir el déficit del presupuesto y bajar la liquidez monetaria para frenar la inflación. Pero el déficit y una mayor liquidez nunca influyen sobre los precios en forma directa sino a través de la mayor demanda de bienes que crean, cuando la llevan a niveles excesivos que superan la capacidad de oferta. O sea, no es una mayor demanda de por sí la que crea la inflación, sino el exceso de demanda con respecto a la oferta. *Pero si hay recesión, entonces la demanda, por definición, es insuficiente y hay que aumentarla.* Para esto hay que elevar el déficit y la liquidez hasta llevar la demanda a sus niveles normales, compatibles con la capacidad de la oferta. El déficit del presupuesto en esta etapa tendría que ser reactivante y no inflacionario. ¿Por qué, entonces, este temor al déficit?

Por último, los planes de estabilización, como una de sus metas principales, esgrimen la necesidad de atraer capitales extranjeros. Pero habiendo recursos ociosos, generalmente hay ahorro nacional sobrante que se frustra por falta de incentivos a la inversión y que se vuelca a colocaciones especulativas. ¿Para qué se necesitan, pues, los capitales del exterior?

Para poner las piezas del rompecabezas en su lugar, hay que pasar al segundo nivel de análisis. Para ello hay que ubicar correctamente al villano de la obra. Este villano no es el déficit del presupuesto. Tampoco lo es la falta de inversiones o la baja productividad. Estos problemas existen, e impiden al país "subir más rápidamente la escalera". Pero el problema central es más grave y es anterior: consiste en la tendencia del sistema económico a precipitarse hacia abajo por insuficiencia de divisas. El verdadero sentido de la política "estabilizadora" es responder a esta insuficiencia.

Cuando el país está en una crisis del sector externo, no solo faltan divisas para importar lo imprescindible. También faltan para pagar los vencimientos de las deudas. Hay una virtual cesación de pagos. Los acreedores, para renovar los préstamos, quieren la seguridad de que el país elimine su déficit externo, pidiéndole la opinión al respecto al Fondo Monetario que oficia como una especie de agencia central de informes para los círculos financieros internacionales. Pero para otorgar su "luz verde" —opinión favorable— el Fondo Monetario exige la adopción de una política económica que, a su juicio, pueda dar las garantías necesarias de seriedad.

Como todo gira alrededor del sector externo, se comienza con una devaluación. La idea es que una mayor retribución al sector primario —en nuestro caso el agro— movilizará una mayor producción exportable. *El sacrificio de los ingresos urbanos y, en particular, la caída de los salarios reales se fundamentan en la necesidad de pagar este incentivo adicional para el agro.*

Pero los incentivos, para ser fructíferos, tienen que ser estables. Para ello se requiere la estabilidad de precios. Pero no cualquier estabilidad, sino una estabilidad en la que el agro ya haya logrado recuperar la delantera en la distribución y hayan quedado atrasados los salarios. Para llegar a este punto se necesita recorrer, primeramente, una parte de la espiral inflacionaria, originada en la devaluación. Dado que esta parte de la espiral corresponde a una inflación deseada y provocada por designio, no se la llama "inflación" sino que se usa el eufemismo de "retorno a la normalidad" o del "retorno a los precios realistas". De modo que el nombre de inflación no se le da a cualquier suba de precios, sino únicamente a las subas de precios originadas en los avances de salarios o en el exceso de la demanda, *que dentro del esquema serían incompatibles con el equilibrio del sector externo.*

Pasemos ahora a la recesión. Ésta, en parte, sirve para mantener bajos los salarios y los precios industriales y dar así estabilidad a la configuración de precios favorables a las exportaciones tradicionales. Pero en una mayor medida todavía, sirve para ejercer una reducción directa e inmediata del consumo de divisas.

Esta reducción es necesaria ya que, aun en los mejores casos, un aumento de exportaciones agropecuarias demora en materializarse. Mientras tanto, hay

que hacer algo inmediato para equilibrar el sector externo. Entonces, si las divisas no alcanzan para alimentar la producción y pagar las deudas, *es necesario bajar la producción —y de este modo las importaciones— a nivel de la disponibilidad de divisas*. Si no hay divisas para abastecer de hierro, de cobre y de otras materias primas a todos los automóviles que se puedan fabricar, hay que producir menos automóviles para que el hierro y el cobre disponible alcancen. Esta disminución de la demanda se logra, en parte, con la caída de los salarios. Pero, además, para reforzar el efecto recesivo, el gobierno crea la iliquidez monetaria absteniéndose de expandir los créditos a la par del aumento de costos que provoca la devaluación. La cantidad de moneda permanece constante o crece menos que el valor nominal del conjunto de los bienes; o sea, se reduce en términos reales.

El análisis precedente nos da una verdadera explicación de la razón por la que se pone tanto acento sobre la eliminación del déficit del presupuesto. A pesar de que en presencia de la recesión el déficit del presupuesto, al crear una mayor demanda, sería reactivante y por lo tanto, en principio, deseable, el cuello de botella en el sector externo no permite que esta reactivación se efectúe. Si incrementara la demanda, aumentaría nuevamente la producción y de nuevo se necesitarían más importaciones. Pero no hay divisas para pagarlas. En consecuencia, habría que hacer una nueva devaluación, reiniciando así otra espiral inflacionaria.

No se trataría de una inflación convencional, provocada por un exceso de demanda, sino de *la inflación cambiaria recesiva*, que se origina en el estrangulamiento en la provisión de divisas. Para evitar que esta inflación se vuelva a desencadenar no hay que permitir que la economía se reactive y para esto hay que suprimir el déficit del presupuesto, no porque sea inflacionario en el sentido convencional de la palabra, sino porque es reactivante y porque la falta de divisas no permite la reactivación.

Finalmente, la necesidad de los capitales extranjeros no se debe a que falten capitales nacionales sino, tal como ya se dijo al analizar el populismo, a que los capitales nacionales no solucionan la insuficiencia de divisas, en cambio, los capitales extranjeros, sí. En parte, estos capitales se consiguen en forma de préstamos a nivel gubernamental. En parte, ingresan a través del sector privado, obligado por la iliquidez a recurrir al financiamiento del exterior (frecuentemente subsidiado mediante un seguro de cambio barato).

De este modo, *la disminución de salarios reales y la restricción monetaria en conjunto forman un sistema de medidas cuyo propósito es actuar sobre la insuficiencia de divisas: a corto plazo, comprimiendo la producción y consiguiendo un aporte de divisas prestadas o invertidas; a más largo plazo, incentivando la producción agropecuaria exportable*.

En la evaluación crítica de los planes de estabilización y de su filosofía subyacente hay que distinguir entre las medidas a corto y las de largo plazo. Una vez que se dejó que el país llegara a una crisis aguda de su balanza de pagos, es difícil encontrar un camino diferente a corto plazo: todo esquema inmediato de acción debe descansar forzosamente en un cierto grado de recesión y en los capitales extranjeros. A medida que se consigan los capitales —financieros o de in-

versión— para pagar los servicios y los vencimientos de las deudas externas anteriores y para financiar en divisas la nueva producción, resulta posible aliviar la recesión.

En este entorno de corto plazo, lo más reprochable es la frecuente falta de ideas claras, a causa de la cual, los equipos económicos que aplican los planes de estabilización terminan creyendo en su propia explicación simplificada, para divulgación, en términos de eficiencia y de déficit del presupuesto, olvidándose en el proceso de la balanza de pagos.

Esto tiene dos consecuencias. La primera es una insistencia frecuente en el equilibrio presupuestario como fin en sí mismo, cayéndose así en una recesión todavía más profunda de la que impone el sector externo.

La segunda, más grave, es el "eficientismo", basado en una concepción ideológica del libre comercio internacional. Dicha concepción hace que, en vez de analizar el nivel de los precios industriales en términos de sus costos y de la productividad de la economía, se atribuya *a priori* el alto nivel de precios industriales a la insuficiente competencia del exterior. Con la idea de aumentar más esta competencia se disminuye la protección. Pero, en vez de lograr la disminución de los precios internos, lo único que se consigue normalmente es reemplazar la producción nacional por las importaciones. Las divisas, en lugar de ser reservadas para lo estrictamente necesario, se comienzan a utilizar para importar productos intermedios, bienes de capital y productos terminados que podrían ser abastecidos por la industria nacional. Otra manifestación del eficientismo es la tendencia a la unificación de los tipos de cambio exportadores, neutralizándose así, de hecho, el efecto positivo de los regímenes de promoción de exportaciones industriales que pudieron haber quedado como herencia de los equipos anteriores. El resultado final: el país importa más de lo que tendrá que importar y exporta menos de lo que podría exportar. El grado de restricción que impone el sector externo se agrava y con él, el grado ineludible de la recesión.

Es evidente que para que un equipo económico actúe de este modo, necesariamente tiene que haber perdido de vista que el origen de todo el problema es el desequilibrio externo. Este olvido, independientemente del error conceptual ya señalado, tiene también otra causa. Ni bien se profundiza la recesión, bajan las importaciones y el desequilibrio del sector externo desaparece. Esta solución es puramente ficticia, ya que depende de la recesión e implica considerar que ésta constituye un estado normal de la economía. No obstante, los equipos económicos suelen caer víctimas de una verdadera distorsión perceptiva y comienzan a actuar tal como si el problema de balanza de pagos hubiera quedado solucionado.

Pero la crítica principal cabe hacerla en cuanto a las medidas a largo plazo. En este sentido, los planes descansan casi exclusivamente en el crecimiento de la producción agropecuaria exportable, la que tendría que ser suficiente para alimentar las necesidades crecientes del sector industrial.

Para compensar el hecho de que esta producción tiende a crecer normalmente en forma más lenta que la industrial y, además, para compensar un crecimiento de las importaciones aún mayor que el estrictamente necesario a causa del "eficientismo" y, finalmente, para compensar también la frecuente reducción de las ex-

portaciones industriales a raíz de la unificación de los tipos de cambio, la producción agropecuaria tendría que recibir un impulso excepcional al inicio y, a partir de allí, seguir creciendo a un ritmo similar al del producto.

Para ello, a su vez, el aumento de los precios agropecuarios tendría que ser lo suficientemente espectacular como para hacer incrementar masivamente los rindes por hectárea en la pampa húmeda y provocar una incorporación masiva de las tierras marginales al cultivo. Pero este aumento de precios tiene siempre un elevado costo en términos de salarios reales y de otros intereses urbanos.

La dificultad principal a largo plazo que enfrentan los planes de estabilización es que sus medidas tendientes al equilibrio del sector externo chocan con la distribución de ingresos soportable por la sociedad.

El conflicto más visible e inmediato se da en términos político-sociales. Sin embargo, en forma no tan espectacular pero igualmente importante, también aparece una incompatibilidad en el terreno económico. Ya vimos que la caída de ingresos populares deprime la demanda y una caída excesiva de la demanda lleva a la recesión. En este caso, *de nada vale acumular divisas para permitir presuntamente el crecimiento de un sistema industrial, si por el otro lado este sistema no puede crecer por falta de la capacidad de consumo interno, a causa de una caída excesiva de los salarios.*

Históricamente, esta última situación nunca se ha dado. Es por ello que ni siquiera en los momentos iniciales de los planes de estabilización, o sea, cuando la caída de los salarios reales es máxima, resulta posible otorgar incentivos al agro, de manera que la producción aumente lo suficiente y mantenga el crecimiento a un ritmo también suficiente para alimentar con divisas, por sí sola, el sostenido crecimiento industrial.

Con mucha más razón esto se hace cierto al cabo de un tiempo, cuando las presiones político-sociales, combinadas con las presiones económicas motivadas en la necesidad de reactivar la economía, llevan a una recuperación de salarios reales y, por vía de los mayores costos, a la paulatina neutralización de los incentivos otorgados al agro.

En definitiva, el aumento necesario de la producción agropecuaria no se opera y la reactivación y el crecimiento económico terminan dependiendo de la provisión de divisas a cargo de las inversiones y de los préstamos financieros externos. Pero este recurso nunca constituye una solución, sino, a lo sumo, un paliativo de corta duración. Los préstamos y las inversiones ingresan en divisas. Por lo tanto, las amortizaciones, los intereses y los dividendos también deben ser pagaderos en divisas. Si estos capitales extranjeros se invirtieran en una nueva capacidad exportadora o se canalizaran hacia los rubros sustitutivos, harían que el país aumentase su disponibilidad de divisas. En este caso, serían auto-amortizables; o sea, permitirían pagar su propio costo en divisas. Pero el destino ordinario de los capitales extranjeros es canalizarse hacia el financiamiento y la expansión de la producción para el mercado interno, sin generar las divisas necesarias para pagar su propio costo. La única forma de ir pagando los servicios de la deuda y devolver, al mismo tiempo, los préstamos anteriores es endeudarse cada vez más. Las deudas anteriores y sus intereses requieren para su pago, asimismo, nuevos y

mayores préstamos. Además, el crecimiento económico que se opera también implica siempre mayores necesidades de divisas, lo que significa la necesidad de nuevos préstamos, aún mayores. El endeudamiento crece así en forma acumulativa y todo el crecimiento pasa a depender de la posibilidad de seguir endeudándose. Finalmente, se llega a una estructura de endeudamiento totalmente inestable, con un gran ingrediente, en general, de deudas a corto plazo. En estas condiciones, el menor tropiezo desencadena una corrida sobre el mercado cambiario. No solo se corta la entrada de nuevos y mayores créditos sino que, de repente, se hacen exigibles las deudas anteriores. Sobreviene una nueva devaluación, una nueva explosión de inflación cambiaria y otra recesión, todo sobre un nuevo y mayor nivel de endeudamiento externo.

6. Conclusiones

En último análisis, la propensión a los desequilibrios externos que muestra la estructura productiva argentina crea cierto paralelismo entre las típicas gestiones del populismo y las gestiones ortodoxas. Las primeras, según se dijo, descuidan las inversiones y el sector externo y *duran mientras aguanten las reservas*. Las segundas se inician generalmente cuando no hay reservas y el país está al borde de una cesación de pagos. A corto plazo reconstituyen estas reservas a costa de una recesión y gracias a la afluencia de nuevos créditos. Pero a más largo plazo, su política del sector externo fracasa porque los incentivos que prevé para lograr la provisión genuina de divisas se hacen incompatibles con el nivel mínimo de salarios reales que exige el sistema productivo, no solo en términos político-sociales, sino también en términos económicos. Finalmente, como única fuente de financiamiento quedan los préstamos y las inversiones externas y *la expansión y el crecimiento aguantan lo que aguante la capacidad de endeudamiento externo del país*. En uno y otro caso, aunque por causas diferentes, queda comprometida la tasa de inversión reproductiva, que es la variable que determina el crecimiento económico.

El panorama que surge del análisis precedente no da la impresión de ser muy alentador. Las políticas de altos ingresos populares y de alto nivel de actividad parecen estrellarse contra el sector externo. En cambio, las políticas que apuntan a reforzar el sector externo para que el país pueda crecer implican una reducción de los salarios y de la demanda lo que, por otra vía, frena el crecimiento.

Se ve así que el "penduleo" de la Argentina tiene causas mucho más profundas que el llamado "empate" político. No son las resistencias que se oponen a la acción alternativa de populistas u ortodoxos las responsables principales por los ciclos de expansión-recesión. Estos ciclos obedecen siempre a un problema no resuelto de la balanza de pagos que lleva implícito (pero no exclusivamente), el de la falta de inversiones y que por una vía u otra aflora —según sea la tendencia gobernante— como un resultado *inherente* a la política que se aplica.

Pareciera, pues, que el problema económico argentino es insoluble y que la Argentina está condenada a repetir siempre el mismo ciclo de expansión-recesión,

endeudándose cada vez más y desnacionalizando cada vez más la propiedad de su estructura productiva.

Pero esto sería válido solamente si se pudiera demostrar que ambas políticas, tal como fueron ejecutadas, agotan todas las posibilidades. Lo cual no es cierto. Si se concentra el esfuerzo sobre el sector externo, que constituye el escollo del problema argentino —particularmente el esfuerzo analítico que posibilite comprender la mecánica de los fenómenos y el modo de actuar sobre ellos—, aparecen soluciones que permiten compatibilizar el afianzamiento del sector externo y de las inversiones con una razonable distribución y un mercado interno expansivo.

7. Las soluciones

La antinomia sector externo-salarios reales, que impide la solución, es real solo en parte. En gran medida, aparece como resultado de un contexto erróneo de ideas e instrumentos económicos. En el caso del populismo, los errores son de muy grueso calibre ya que la interacción de la ideología y de las presiones políticas lleva directamente a una incoherencia en la conducción económica. En el caso de la ortodoxia, estos errores son mucho más sutiles: aparentemente hay coherencia, pero en función de ideas e instrumentos desarrollados en los países industriales y trasplantados a nuestra realidad, a pesar de no tener nada que ver con ella.

El enfoque ortodoxo contiene dos errores supuestos. El primero consiste en pretender asegurar el equilibrio externo basándose *exclusivamente* en el sector primario, en nuestro caso, el agropecuario. El segundo, es tratar de lograr el crecimiento de este sector por medio de una masiva transferencia de ingresos.

La solución del problema económico nacional se logra mediante un enfoque distinto. Por un lado, es necesario diversificar los cursos de acción. Existen por lo menos cinco estrategias disponibles para solucionar el problema del sector externo: las exportaciones industriales, la sustitución de importaciones, el aumento de las exportaciones agropecuarias, el uso juicioso y equilibrado de capitales extranjeros y una política selectiva de importaciones. Dejando de lado el viejo vicio de debatir eternamente los méritos alternativos de diferentes estrategias, para no adoptar ninguna, *es necesario adoptar todas ellas a la vez y en forma muy intensa*. Es posible hacer esto porque no hay conflicto entre ellas y, por lo tanto, no se requiere un compromiso. Por otra parte, si en todas ellas, especialmente en el diseño de la política de promoción agropecuaria, se aplica algo de imaginación y de equilibrio, el conflicto con la distribución de ingresos —el que sí requiere un compromiso— puede quedar muy atenuado.

Para elaborar los cursos de acción hay que partir de un replanteo de lo que es barato y lo que es caro en términos globales, tomando en cuenta las condiciones en las que se encuentra la economía argentina. El estrangulamiento externo del país es como un puente angosto, de pocos metros, que reduce a la mitad el tránsito en una carretera de quinientos kilómetros. La desproporción entre la pequeña importancia relativa de la causa y sus grandes efectos perturbadores

hacen imprescindible el ensanche, cueste lo que costare. Incluso si para llevarlo a cabo hubiese que pagar varias veces más el cemento y la mano de obra de lo que se paga normalmente, este mayor costo no tendría importancia, tomando en cuenta que no hace falta ensanchar más que unos pocos metros del puente para normalizar los quinientos kilómetros de la carretera.

Aplicando este mismo concepto al nivel del país, el costo de los recursos nacionales canalizados para resolver el problema del sector externo debe ser evaluado tomando en cuenta que cada uno de los dólares adicionales ganados o ahorrados permite poner en funcionamiento diez dólares de la producción interna. Esto significa que el costo de la promoción necesaria para obtener cada dólar adicional de exportaciones o de sustitución debe ser comparado siempre con el costo alternativo que significaría perder la producción interna de diez dólares.

Comencemos con el nudo del crónico desequilibrio externo que es la falta de exportaciones industriales. Según vimos, para poder tener industria, el país consintió que sus precios industriales, medidos con dólares pampeanos, resultaran sustancialmente más altos que los internacionales. Para implementar esta decisión creó, de hecho, el dólar industrial, de un precio sustancialmente mayor que el pampeano. Si este dólar rigiera tanto para las exportaciones industriales como para las importaciones, la industria podría exportar. Y si exportara, digamos el diez por ciento de lo que produce, contribuiría a autoabastecerse de divisas y no existiría el problema crónico de balanza de pagos que hoy paraliza al país. El absurdo de la industrialización en la Argentina (y en otros países similares) es que, habiendo tomado la decisión de viabilizar la industrialización mediante un dólar más caro que el pampeano para casi toda la producción, retacea este dólar más caro para la exportación, o sea, precisamente para el diez por ciento esencial, del que depende el funcionamiento de todo lo demás.

Volviendo a nuestro ejemplo anterior, supongamos que el precio normal del cemento es cien. Pero, en el lugar donde queremos construir la carretera, por los problemas del transporte o abastecimiento, este precio es doscientos. Supongamos que hemos aceptado la inevitabilidad de este costo mayor y hemos construido toda la carretera. Nos queda como un obstáculo únicamente un puente angosto. Tal como ya se dijo, en este caso hay que ensanchar el puente, cueste lo que costare y, si hiciera falta, no habría problema en pagar incluso quinientos o mil por el cemento.

En vez de hacerlo, nosotros nos volvemos particularmente exigentes y, a pesar de haber aceptado doscientos como el precio del cemento para toda la carretera, queremos que para el puente no pase de cien. Como no conseguimos cemento a este precio, no ensanchamos el puente y dejamos que la carretera se desaproveche en una gran parte. Suena a una alienación total, pero esto es exactamente lo que hace nuestro país y muchos otros países en vías de desarrollo, al negarse a dar el mismo tratamiento cambiario a la exportación industrial que a la sustitución de importaciones.

El primer paso hacia una solución integral es, pues, estructurar, sin retaceos, un sistema de cambios exportadores industriales que refleje el nivel real de los

costos industriales; pero, esta vez, mucho más en serio de lo que hacen las débiles tentativas actuales. Hay muchas variantes técnicas para lograrlo, sea mediante tipos de cambio explícitos, sea a través de reintegros u otros estímulos. Lo importante es el concepto de cambios exportadores múltiples y la meta de movilizar una corriente permanente de exportaciones industriales.

Un criterio similar cabría seguir también con ciertos cultivos regionales que, por razones de menores ventajas naturales, tampoco pueden ser exportados con el dólar pampeano.

En cuanto al costo fiscal de la promoción, se demuestra que éste sería cero, ya que la expansión económica que se aseguraría a través del ensanchamiento de la base tributaria proveería con creces los fondos necesarios para hacerla.

Como segundo curso de acción, es necesario movilizar una enérgica sustitución de importaciones. Se podría alegar que esto es lo que se ha hecho en las últimas décadas. Sin embargo, la acción desarrollada se ha caracterizado por grandes oscilaciones y la falta de convicción y de coherencia. El régimen de protección existente es el resultado acumulativo de presiones sectoriales e ideologías contrapuestas de diferentes gobiernos. Junto con muchas actividades excesivamente protegidas coexisten en él actividades que por no tener protección adecuada nunca pudieron desarrollarse. Tan es así que todavía hoy el país carece de reglas de juego claras para la protección de la producción potencialmente sustituible. Además, el régimen existente está lleno de excepciones y exenciones, relacionadas con compras estatales o con planes promocionales específicos, que actúan "al revés", es decir, como estímulos a las importaciones prescindibles. Finalmente, tampoco tienen coherencia ni reglas de juego claras los regímenes promocionales directos cuya misión sería dar apoyo crediticio, fiscal o tarifario a las nuevas industrias.

Es imprescindible, pues, estructurar un régimen coherente de protección y de promoción, tratando de complementar la generación de divisas por vía de exportaciones industriales con el ahorro de divisas por vía de sustitución.

En este terreno, algunas medidas gubernamentales darían resultados espectaculares. La primera sería la racionalización del nomenclador arancelario, que refleja un complejo esquema de cambios múltiples importadores y al que nunca se dio la importancia que merece. La segunda, una acción decidida, orgánica y sostenida para volcar el poder de compra estatal hacia el mercado interno.

El tercer curso de acción, que hay que seguir con una gran energía, es la expansión de la producción agropecuaria tradicional. Para ello, existe efectivamente la necesidad de mayores incentivos para el productor. La producción agropecuaria funciona en base a costos crecientes: la primera tonelada de trigo por hectárea goza de todas las ventajas naturales de la tierra pampeana fértil y de buen clima y tiene un costo muy bajo. Pero, si se quiere producir dos toneladas de trigo por hectárea, la segunda tonelada requiere inversiones, cuidados especiales, fertilizantes y una administración más intensa. En suma, tiene costos mucho mayores. Lo mismo se repite en el caso de la primera tonelada de trigo

proveniente de las tierras marginales. Para posibilitar el aumento de la producción, la retribución tiene que ser suficiente para compensar este mayor costo de la segunda tonelada pampeana o de la primera tonelada marginal.

Sin embargo, cuando esta retribución se otorga aumentando lisa y llanamente los precios agropecuarios sucede que, junto con los incentivos económicamente necesarios, se otorga también, de paso y gratuitamente, una mayor retribución a la primera tonelada pampeana, cuyos costos de producción no habían aumentado.

El aumento global de precios tiene así dos efectos: darle un incentivo mayor y económicamente necesario a la *producción adicional* y efectuar una *transferencia gratuita de ingresos* al productor, por vía de aumento de precio, correspondiente a la producción que ya se hacía de antes. Es este segundo efecto el que reduce los salarios reales y otros ingresos urbanos y trae una reacción que a breve plazo termina anulando el primer efecto, o sea, los estímulos realmente necesarios. El desafío consiste en diseñar un sistema que separe los dos efectos, premiando la *segunda* tonelada pampeana o la primera tonelada *marginal*, sin premiar gratuitamente la *primera* tonelada pampeana.

Esta separación se logra combinando un aumento sustancial de precios con un impuesto, también sustancial, a la tierra, que reemplace todos los demás impuestos al agro. Supongamos que una tonelada de trigo hoy cuesta cien. Devaluando el dólar pampeano (o, lo que es lo mismo, bajando los derechos de exportación) este precio se elevaría, digamos, a ciento cincuenta. Pero simultáneamente se establecería un impuesto sobre la tierra pampeana de cincuenta por hectárea. La primera tonelada de trigo obtendría entonces ciento cincuenta menos cincuenta, o sea, seguiría con los mismos cien de antes. Pero, en cambio, la segunda pasaría a rendir ciento cincuenta neto, ya que el impuesto único habría sido ya pagado por la primera tonelada. Algo similar sucedería con la primera tonelada marginal, ya que las tierras marginales, de acuerdo con su menor potencial productivo, en vez de pagar un impuesto de cincuenta pagarían veinte o diez.

De modo que la primera parte del esquema tendría por objeto evitar que los aumentos de precios agropecuarios implicasen una transferencia gratuita de ingresos al agro. La segunda, consistiría en evitar que estos aumentos implicaran la caída de los ingresos populares. Para ello, se usaría el aumento de recaudación obtenido gracias al nuevo impuesto. Una vía sería desgravar en compensación productos elaborados y servicios de mayor consumo para bajar así su precio, llegando incluso a subsidiarlos. Otra sería aumentar indirectamente los salarios a través de mayores gastos estatales en salud, vivienda y educación. Finalmente, la tercera sería subsidiar las cajas de previsión social, bajando los aportes de los asalariados. En la práctica, probablemente convendría hacer una mezcla de las tres estrategias. De este modo, a pesar del aumento de precio de los alimentos, se evitaría la caída del poder adquisitivo de los salarios.

El beneficio adicional de todo el esquema sería normalizar los precios internos. Al elevarse el precio del dólar pampeano, éste se acercaría al dólar industrial y al dólar de los cultivos regionales, disminuyendo la brecha que hoy los separa y con ello también la dispersión necesaria en la estructura de cambios múltiples.

Pasando ahora al cuarto curso de acción, que es la atracción de los capitales extranjeros, la condición para utilizarlos es que no se los considere como una solución definitiva, que puede reemplazar un esfuerzo genuino en el sector externo. Hay que considerarlos, en cambio, como un recurso de apoyo que se autojustifica a medida que sirve para respaldar la ampliación de la capacidad exportadora, el aumento de la capacidad sustitutiva y también las inversiones en la infraestructura. En este caso, el creciente endeudamiento queda ligado directa o indirectamente con el aumento de la capacidad generadora de divisas necesaria para amortizarlo.

Finalmente, mientras el problema del sector externo no quede definitivamente resuelto habrá que emprender un quinto curso de acción, agotando todos los esfuerzos para que las divisas disponibles sirvan para sostener una producción interna lo más elevada posible. Para esto, es esencial el uso selectivo de estas divisas. Para hacer el control correspondiente hay que partir de un concepto básico. Tratándose de productos imprescindibles, no tiene sentido controlar cuánto se importa y si los *stocks* acumulados de materias primas importadas son mayores o menores. Al fin de cuentas, los *stocks* de materias primas indispensables reemplazan las reservas en dólares e incluso con ventaja en épocas de inflación y de desabastecimiento internacionales. Lo más importante es asegurarse que las divisas no se gasten en importaciones prescindibles o sustituibles. Para ello se necesita un régimen de prioridades, estructurado en base a ciertas reglas de juego fijadas por el gobierno, pero con una activa participación y colaboración del sector privado.

Se podría agregar el análisis de muchos otros temas vinculados al sector externo. Por ejemplo, podríamos referirnos a la necesidad de un papel estatal activo y directo en la promoción de las exportaciones industriales y agropecuarias; a las inversiones necesarias en la infraestructura y a su manejo por el Estado; a la vinculación entre las políticas sustitutivas y promocionales de exportaciones aquí esbozadas con el desarrollo regional; a la tecnología; a la exportación de servicios, etcétera. Pero por razones de espacio se ha procurado tocar nada más que los puntos esenciales del conflicto sector externo-ingresos populares.

La aplicación de la política propuesta no eliminaría del todo el conflicto distributivo. Quedaría cierto conflicto, pero reducido a una franja entre quienes quieren salarios en el piso para tener un mayor crecimiento y quienes lo quieren en el techo a costa de ese mayor crecimiento. Pero la franja en sí sería viable.

Habiendo llegado a este punto el lector puede hacerse una pregunta muy pertinente: ¿qué sucede con los otros problemas económicos argentinos, por ejemplo con la inflación, con el crónico déficit del presupuesto y con la ineficiencia estatal? Sucede que estos problemas o también son manifestaciones indirectas del desequilibrio externo o, cuando tienen un origen autónomo, por lo menos están fuertemente interrelacionados con él.

Así, las principales y más virulentas explosiones inflacionarias de las últimas dos décadas no fueron otra cosa que enloquecidas carreras sin fin, entre las grandes devaluaciones —con las que los gobiernos trataban de recuperar el equi-

librio externo— y las alzas salariales, con las que los sectores populares trataban de recuperar el nivel de ingresos perdido.

El déficit del presupuesto tiene efectivamente un importante ingrediente crónico, originado en la ineficiencia del Estado y de sus empresas. Pero los incrementos bruscos y desmesurados de este déficit, que se operan periódicamente, coinciden siempre con las crisis de balanza de pagos. Las razones son dos. La primera es porque en los procesos inflacionarios —incluidas las inflaciones que se originan a raíz de las grandes devaluaciones— las recaudaciones estatales, al operarse siempre en base al nivel de precios del período anterior, disminuyen en términos reales. La segunda es porque las recesiones, que acompañan a estas crisis, hacen bajar fuertemente la base imponible y disminuyen los impuestos devengados.

Finalmente, la ineficiencia estatal existe y debe ser atacada con toda energía. Pero, nuevamente, la acción en este campo será posible únicamente cuando la economía esté en una expansión sostenida, que provea empleos alternativos en la actividad privada para el personal sobrante; cuando los planes tengan continuidad y las obras, las inversiones y los esfuerzos modernizantes dejen de interrumpirse cada tantos meses por problemas financieros; en suma, cuando se den las condiciones para un afrontamiento racional y a largo plazo de la reorganización estatal. Esto significa, nuevamente, subsanar las recurrentes crisis externas.

Para concluir, la época es demasiado turbulenta y conflictiva, política y socialmente, y todo el panorama económico mundial demasiado incierto, como para que se puedan atribuir las virtudes de una panacea universal a un conjunto de medidas económicas, por mejores que sean. Se trata, más bien, de un esfuerzo continuo que consiste en localizar, a cada instante, puntos claves de la problemática económica y concentrar el esfuerzo social para eliminarlos.

Hoy, este punto clave está dado por la antinomia equilibrio externo-distribución y constituye la razón del péndulo ortodoxia-populismo. Únicamente el ataque racional sobre este nudo del problema podrá dar una oportunidad al país de detener el péndulo en el medio.

Indice

JUAN CARLOS AGULLA	
Argentina: más allá de la sociedad clasista	217

ELVIO BALDINELLI	
La Argentina ante la comunidad económica internacional	339

ANTONIO M. BATTRO	
La Argentina Inteligente. Ensayo sobre los fundamentos de un renacimiento intelectual	9

GASTÓN BORDELOIS, H	
Los hitos de una nueva política agropecuaria	355

NATALIO R. BOTANA / EZEQUIEL GALLO	
La inmadurez histórica de los argentinos	19

RAFAEL BRAUN	
Los límites del pluralismo	109

EDUARDO BRIANCESCO	
La ejemplaridad política: renacimiento de una verdad olvidada	125

FRANCISCO BULLRICH	
Planificar nuestras ciudades	241
PABLO CAPANNA / MARCELO MONTSERRAT	
La violencia intelectual en la Argentina	35
OSCAR CORNBLIT	
Política y sindicatos	143
ROBERTO CORTÉS CONDE	
Gobernar, ¿es todavía poblar?	163
RAÚL E. CUELLO	
El financiamiento para nuestro desarrollo	371
JOSÉ LUIS DE IMAZ	
Políticas de Bienestar Social: la reducción de las poblaciones marginales ..	267
JUAN CARLOS DE PABLO	
Hay que detener el péndulo	423
MARCELO DIAMAND	
El péndulo argentino: ¿empate político o fracasos económicos?	385
CARLOS FLORIA	
¿En nombre de qué?	175
MARIANO GRONDONA	
Las torpezas del progreso	257

MARIO S. T. LANZARINI	
La actualidad, la Argentina y el mar	411
ROBERTO MARTÍNEZ NOGUEIRA	
La administración pública como problema político	189
JORGE MEJÍA	
Un punto de vista teológico sobre la problemática argentina	49
MANUEL MORA Y ARAUJO	
Los caminos del desarrollo argentino	279
LUIS MIGUEL MOREA	
Hacia la socialización del espacio urbano: la transformación del régimen del suelo	301
JORGE ALBERTO PEGORARO	
Calidad de vida	323
EDUARDO FRANCISCO PIRONIO	
Meditación para tiempos difíciles	69
JORGE A. ROSSETTI	
El Mar Argentino, protagonista de avanzada	433
ERNESTO SÁBATO	
Nuestro tiempo de desprecio	89

MANUEL A. SOLANET

Eficiencia económica, tecnología y sector externo en la Argentina 453

CARLOS STRASSER

Concentración del poder y clase de vida política 205
